

**ODISEA DE KAZANTZAKIS  
ITACA, PUNTO DE LLEGADA Y DE PARTIDA.**

**MIGUEL CASTILLO DIDIER**  
Universidad de Chile, Chile.

**Resumen:** Odiseo llegó a Itaca en el texto de Homero y también en la *Odisea* moderna. En realidad, ya había llegado ya cuando se inicia el nuevo poema. Itaca conserva la simbología que tuvo en el texto homérico, pero adquiere un nuevo rol. En la isla, Odiseo reafirma su identidad: es el mismo héroe que participó en la guerra de Troya y después luchó contra adversidades y tentaciones durante diez años, sin perder la voluntad de retornar a la tierra y al hogar. Reconoce su territorio, sepulta a su padre, casa a su hijo. Pero, además, ahora es el punto de partida. Desde ella sale Odiseo en el nuevo viaje, acaso más largo que el antiguo y sin regreso. La isla amada sigue siendo la isla amada. Amándola, la deja el antiguo héroe. Y en su larguísima travesía hacia la muerte en los hielos antárticos, la recuerda no pocas veces.

**Palabras claves:** Odisea, Odiseo, Itaca, retorno, partida.

**KAZANTZAKIS' ODYSSEY.  
ITHACA, POINT OF ARRIVAL AND DEPARTURE.**

**Abstract:** Odysseus reaches Ithaca in the Homeric text and also in the modern *Odyssey*. He had really reached there when the new poem begins. Ithaca preserves the symbology which had in the Homeric text, but it acquires a new role. In the island, Odysseus reaffirms his identity: he is the same hero who participated in the Trojan war, fought against adversities and temptation for ten years, without losing the will to return to his land and home. He recognizes his territory, buries his father and accompanies his son in the latter's wedding. Now it is also the point of departure: Odysseus sails from it in a new voyage, perhaps longer than the previous one and with no return. The beloved island remains as such. Loving it, the hero abandons it. In his very long voyage to death on the Antarctic ices he often remembers it.

**Key words:** *Odyssey*, Odysseus, Ithaca, return, departure.

**Recibido:** 11.06.09 – **Aceptado:** 3.08.09

**Correspondencia:** MIGUEL CASTILLO DIDIER - micastilgriego@uchile.cl - Fono 239 2292. Director del Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Dirección postal: San Francisco 1141. Santiago de Chile.

La pequeña isla de Itaca se convirtió en un símbolo a partir de Homero. Sin Itaca no habría ni Odiseo ni *Odisea*. Es la isla amada por el héroe; es la isla anhelada, añorada, durante veinte largos años. Después del término de la contienda, a la que Ulises no fue por voluntad propia, vino el retorno de aquellos que sobrevivieron. Varios de ellos tuvieron alguna peripecia en el viaje de regreso. Pero ninguno experimentó las dificultades y los peligros que le tocó enfrentar y superar a Odiseo. Éste nunca perdió la idea y la voluntad de volver a ver su tierra. Era su meta. Y finalmente, después de diez años de tribulaciones en el mar, llegó, plácidamente dormido en la barca que los feacios aparejaron y condujeron hasta las playas de Itaca.

Odiseo llegó a Itaca en el texto de Homero y también arribó a ella en la *Odisea* moderna. Más exactamente hablando, ha llegado antes de que se inicie el nuevo texto. Es más, se ha cumplido la acción de castigo a los pretendientes. La figura del héroe se nos presenta cuando, ya muertos los pretendientes “en los vastos patios”, cuelga el arco famoso, y camina desnudo a tomar un baño tibio, mientras de sus manos cae “sangre espesa y negra”. La visión causa terror en las esclavas. Luego, repuesto ya por el baño y vestido, lo reconoce con pavor Penélope. Así se inicia el proceso de desencuentros con los integrantes de su hogar; de desencuentros con el ambiente de la isla, con sus habitantes – sus súbditos. Y comienza paralelamente a incubarse en Odiseo la idea de marcharse.

“La ambientación en Itaca de los primeros cantos de la obra de Kazantzakis revela una actitud de reverencia dirigida al poema inaugurador de la literatura occidental”, escribe Carolina Donega Bernardes<sup>1</sup>. Y, además, como lo veremos más adelante, Itaca tiene aquí un importante “papel” en la reafirmación de la identidad de Odiseo ante los lectores modernos.

Mirada la *Odisea* homérica como una especie de libro de viajes y comparada la travesía de Ulises con otras travesías fabulosas, como la de los Argonautas, los viajes de Heracles, el de Perseo, “el más popular de todos los viajes heroicos es sin lugar a dudas el de Odiseo” – escribe Gómez Espelosín–. “Sin embargo no se trata de un viaje de aventuras hacia los confines del orbe, sino de un viaje de retorno, que se prolonga casi de manera indefinida, a causa de la acción vengativa de un dios contra la persona del héroe”<sup>2</sup>. Y el mismo autor destaca las singularidades del relato que inspiró la caracterización que de él hizo Borges: “El relato de viajes de

---

<sup>1</sup> C. DONEGA BERNARDES: *A Odisséia de Nikos Kazantzakis: epopéia moderna do heroísmo trágico*, tesis de doctorado inédita, San José de Río Preto, 2010, p. 140.

<sup>2</sup> F. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN: *El descubrimiento del mundo Geografía y viajeros en la Antigua Grecia*, p. 70.

Odiseo se nos presenta como un filón repleto de múltiples y sugerentes lecturas y significaciones que no se agotan ciertamente en el repertorio puntual y concreto de sus diversas peripecias heroicas<sup>3</sup>. El nuevo viaje tendrá características semejantes en varios aspectos, pero el elemento central, Itaca como meta, habrá desaparecido. Hay una correspondencia básica entre el carácter fundamental del viaje homérico y el viaje moderno de Ulises: éste va de lugar en lugar; vive una serie de situaciones simbólicas; en ninguno se queda; ningún personaje de los que encuentra Odiseo en su camino lo convence ni lo cautiva; durante su travesía va perdiendo todos sus compañeros. Llega solo al final. Pero el final en Homero es la meta, Itaca, y en Kazantzakis la meta son los hielos antárticos, el lugar para morir.

En Homero el elemento central, el más importantes de los múltiples elementos de un relato tan rico, es el anhelo de Odiseo de volver a su patria y a su hogar; su voluntad de superar todos los obstáculos, naturales y extranaturales, que se presentan en su ruta. Y seguramente es este ansiar por sobre todo el retorno a la tierra paterna lo que más acerca a este héroe a nosotros. Hay también otros aspectos de la persona de Ulises que contribuyen a ese acercamiento.

Al final del camino que alguna vez habrá de terminar está en todo instante Itaca. “Allá lejos está la isla amada. El poeta la describe con tal afecto y naturalismo, que no se puede eludir la tentación de situarla allí, en el abrazo con el mar, como un prototipo de la patria, a la que se retorna por cualquiera de los caminos de la mente o el corazón, de tal suerte que aquella pequeña isla, sólo buena para cabras y algunas ovejas, sin riqueza alguna, adquiere simbología universal. “Es el islote donde está la patria que siempre se añora”<sup>4</sup>.

Itaca, la isla humilde, ha llegado, pues, a confundir su nombre con los sentimientos de la nostalgia, del amor a la tierra y al hogar, de la voluntad y la esperanza de volver al terruño. “Itaca, patria de Odiseo –y tal vez de Homero– es también patria anímica de quienes buscan siempre una ruta nueva de humanismo y, tras la experiencia, conocen que en el párvulo asilo familiar se halla el reposo para las grandes meditaciones sobre la vida”<sup>5</sup>.

Homero habla con tanto amor y con tanto detalle de la isla, parece conocerla tan bien, que no han faltado quienes han pensado que ella pudo ser la tierra natal del poeta de la *Odisea*. Uno de esos estudiosos es Oscar Gerardo Ramos, quien apunta así esa idea:

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>4</sup> O. G. Ramos: *Categorías de la epopeya*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1988, p. 62.

<sup>5</sup> O.G. Ramos, *La Odisea Un itinerario humano*, p. 178.

“¿Todo esto es en Homero sólo un recurso para enfatizar la nostalgia de Odiseo por Itaca? ¿O es el reflejo de su propia nostalgia por Itaca? No cabe duda que a Itaca consagra Homero la epopeya. Aun más: simbólica y literaria e históricamente la ha hecho arquetipo de la patria. Sólo quien miraba a Itaca como a su patria pudo dar tanta energía a las rapsodias para hacer de esa montuosa isla prototipo de la patria”<sup>6</sup>.

¿Cómo era la Itaca de Odiseo? El poema antiguo es algo parco al hablarnos de la isla. A través de las palabras del poeta y de los recuerdos de Odiseo y aun de expresiones de Telémaco, Itaca se nos aparece como una isla más bien pobre, rocosa y escarpada, sin fértiles praderas, sino más bien montañosa. El calificativo con que más frecuentemente se la califica es “rocosa, abrupta, áspera”: kranæ I-247, XV-510, XVI-124, XXI-346; paipalóessa XI-480; trecheia IX-27, X-417, X-463, XIII-242. En la *Iliada* una vez también se la menciona como rocosa kranæ, III-201; en otras dos partes se la nombra sin epíteto II-184 y 623.

Odiseo la recuerda siempre con emoción y con tristeza y llora muchas veces a causa de su anhelo de retornar a ella.

Habito yo en Itaca que de lejos se divisa, pues en ella  
se alza excelso el Nérito de bosques de trémulas hojas.  
[...] Aunque rocosa, sustenta valientes jóvenes;  
no hay nada más dulce de ver para mí que mi tierra<sup>7</sup>.

Pero la isla no aparece siempre con el mismo aspecto para Odiseo. Carla Bocchetti ha destacado el cambio en la visión de Itaca que se produce con el retorno de Ulises. “La memoria de Odiseo del paisaje de Itaca está basada principalmente en un escenario montañoso. Las rocas son un aspecto fuerte de la memoria y simbólicamente ellas dan el peso necesario para soportar y aferrar el objetivo del regreso (*Odisea* IV, 558). La construcción de un paisaje escarpado en el relato del *nostos* tiene una implicación en la estructura narrativa de la historia como un todo. La escarpada Itaca le da a Odiseo, en todos sus sentidos de identidad, una base en la cual su identidad real se mantiene: la escarpada Itaca es el punto fijo de las travesías de Odiseo. Itaca es importante como el lugar donde Odiseo recobra su identidad perdida”<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>7</sup> Homero: *Odisea*, I 21-22 y 27-28.

<sup>8</sup> C. Bocchetti: *El jardín de las Musas El arte de la efrasis en la Iliada y la Odisea*, Centro de Estudios Griegos Universidad de Chile, Santiago, 2006, pp. 100-101.

El proceso de cambio de la visión de una tierra rocosa y árida tiene emotiva expresión en la escena del reconocimiento de Laertes y Odiseo, que transcurre en un huerto y en torno a la memoria de los árboles que el padre, allá en su juventud, regaló a su pequeño vástago. “El episodio del encuentro en el huerto es prefigurado por otros pasajes que introducen un contexto agrario en la *Odisea*. Cuando Odiseo regresa, el aspecto rocoso de la isla es reemplazado por una imagen fértil del hogar, pues Odiseo constantemente se refiere a él como un lugar fértil (XXIII, 139) con muchos árboles (XIV, 329, XIX, 399) [...]. Las referencias agrarias a Itaca se convierten en relevantes si son estudiadas en asociación con el episodio del huerto de Laertes y con las referencias de Odiseo a Itaca como “mi propiedad con varios huertos” tras su regreso [...]. ‘Fértil Itaca’ es en algún sentido la propia versión de Odiseo de su patria una vez que arriba a ella, y es la visión de un marinero tras muchos años de ausencia de la tierra firme”<sup>9</sup>.

Además de la visión de Ulises de su isla, ha habido otras visiones de Itaca. No son pocos los poetas que han tomado a la isla como motivo y símbolo, a veces desde inesperadas perspectivas. Oscar Gerardo Ramos, en el poema suyo en que Odiseo, anciano ya, recapitula su vida, resume en un pasaje el sentido del viaje hacia la anhelada tierra natal en el momento de la llegada. Las tantas experiencias vividas le dieron la conciencia de su “humana verdad”:

Llegué a esta isla amada, náufrago de los mares,  
sin navío, desnudo...y en mi piel aún arden  
los soles de cien pueblos: Vi exóticos países:  
ante extrañas costumbres aprendí la medida,  
desembruqué los mitos y en la experiencia vasta  
de ínsulas y ágoras y templos y mansiones  
supe que soy humana verdad<sup>10</sup>.

Borges eleva la isla a símbolo o imagen del arte, y la imagina con los calificativos de verde y humilde, y luego aplica a la perennidad del arte ese matiz de color, normalmente asociado a la vegetación:

Cuentan que Ulises, hartado de prodigios,  
lloró de amor al divisar su Itaca  
verde y humilde. El arte es esa Itaca  
de verde eternidad, no de prodigios<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 105-106.

<sup>10</sup> O. G. Ramos, *La Odisea Un itinerario humano*, p. 163.

<sup>11</sup> J. L. Borges: *Arte poética*.

Para Cecilia Balcázar, Itaca ha viajado junto a Ulises. Nunca se han separado. La isla siempre estuvo al lado del héroe errante, estuvo en su propia barca. Aquí, Itaca es la que habla al navegante:

Ulises, Odiseo  
hasta la orilla  
del amor llegaste  
llegamos confundidos  
a tu lado yo anduve  
en múltiples periplos  
en espera paciente  
contigo en el tumulto  
y esperándote  
contigo en fragorosa travesía  
en idílicos campos  
en eglógicos huertos  
contigo y esperándote  
en el mismo navío<sup>12</sup>.

¿Qué papel juega Itaca en la *Odisea* moderna? ¿Por qué Odiseo tenía que volver a la isla amada, si muy luego la iba a dejar? Para Carolina Donega Bernardes, no sólo es el punto de partida del nuevo viaje. Era indispensable que en el poema moderno apareciera Odiseo en su isla. No sólo para que en el poema antiguo recuperara su identidad, como lo ha destacado Carla Bocchetti, sino para que recuperara –o quizás mejor sería decir mantuviera– su identidad en el texto moderno. También era indispensable en el nuevo poema, porque Odiseo en Itaca encuentra la fuente de su futura creación, del nuevo viaje y de la ciudad ideal que llegará a construir, sino para “la confirmación de su identidad, actuando como el renombrado héroe”<sup>13</sup>. En efecto, Odiseo ha muerto a los pretendientes, relata sus peripecias a sus parientes; reconoce su palacio y sus propiedades; toma cuenta a sus súbitos; casa a su hijo Telémaco con Nausícaa, que conserva la pureza y la belleza que le conocemos en Homero. Odiseo en Itaca recuerda hechos de su viaje y seguirá a lo largo del viaje recordando episodios del viaje homérico. Y el recuerdo de su isla volverá varias veces a su espíritu. Itaca es ahora como una “tierra entremundos”; es la Itaca del pasado recordado, que prepara la nueva jornada del héroe antes homérico ahora kazantzakiano; es la tierra donde –en palabras de Carolina Bernardes– “se concentra el futuro latente”.

---

<sup>12</sup> “Itaca”, en P. Lastra/R. Kappatos: *Presencia de Grecia en la poesía hispanoamericana*, Santiago, 2004, p. 238.

<sup>13</sup> C. Donega Bernardes, op. cit. p. 138.

Así, pues, no es Itaca, como pudiera pensarse, un mero “pretexto” para la nueva travesía. Es verdad que en el poema de Kazantzakis, la segunda partida de Ulises, el abandono definitivo de su isla pareciera convertir el nuevo poema en una anti-Odisea, una anti-Itaca. Pero en la realidad poética, Odiseo no ha perdido el amor por su tierra. No es propiamente a su isla sino, a su hogar, a su entorno, al que siente estrecho y hasta asfixiante. Se siente desilusionado de su pueblo y de sus parientes. El desencuentro con Penélope y Telémaco es manifiesto desde los primeros momentos. Con su padre se muestra poco piadoso, si bien mucho más adelante, años o siglos después, lo recordará con emoción y con arrepentimiento por no haberle hablado con dulzura. El recuerdo de su madre muerta no es alterado en relación con los sentimientos que expresa en el poema homérico; y su evocación en un sueño será uno de los pasajes más hermosos y emocionantes de la nueva *Odisea*.

Hay en la primera rapsodia un encuentro con el panorama de su isla por tantos años anhelada. Y después, a través de la larguísima peregrinación desde la pequeña Itaca hasta los hielos antárticos, habrá no pocos instantes en que la imagen de la tierra natal volverá al espíritu del viajero.

Podemos seguir a Odiseo en su ascenso de la altura desde donde, después de veinte años y por vez postrera, tendrá la visión entera de su isla rocosa, del peñasco amado, que es lo único que lo emociona ahora que ha retornado. Ese momento será uno de los pocos a lo largo de su casi interminable peregrinación en que el personaje derramará lágrimas:

Ascendía el varón siempre-errante y alas infinitas  
y perfume de yerbas y traviesos pensamientos su pecho  
/embargaban;  
subía, y cada vez mayor la blanca era de su patria  
/ se extendía;  
y al fin, cuando pisó su pie la cumbre del desnudo monte,  
el cuerpo pálido y esbelto apareció de su isla humilde.  
Sus pupilas moviéronse, tratando de ocultar en vano el llanto:  
“Ésta es la roca, el árido peñasco, que tanto deseé volver a ver;  
me gusta”, murmuró; y de sus grandes párpados las lágrimas cayeron.  
Como un atleta en el mar se asoleaban las playas grisáceas;  
se sumían las chozas en la luz, y en el valle se movían  
morosamente los bueyes, marcando el pecho fructuoso de la tierra;  
y el pensamiento avizoraba – águila inmóvil - todo el  
/ mundo a sus pies<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> N. Kazantzakis: *Odisea I*, 797-808.

Podemos observar que el calificativo más característico de Itaca en Homero se repite en el poema moderno. Odiseo la llama “roca, árido peñasco”. Pero también el otro aspecto de la isla, aquél que es recalcado por Ulises cuando retorna, aparece en esta visión desde lo alto: allá abajo se mueven morosamente los bueyes “marcando el pecho fructuoso de la tierra”. Mucho tiempo después, en las profundidades del África, recordará también el aspecto agrario de su isla:

Toda su patria lejana, los viñedos, las praderas  
siente que lleva en su interior...

La partida significa desprenderse de la tierra, romper el cordón umbilical que a ella une. La amargura, el dolor, son intensos. Pero es más fuerte el impulso que lleva a tomar “el camino del mar”, que ahora es sin retorno.

Al partir la embarcación para el nuevo viaje, el artista del grupo, el músico Suralis (Orfós), toca en su flauta una melodía, mientras Odiseo se “arranca de raíz la patria”:

Y el visionario Suralis escuchaba a la patria  
llorar como una mujer que en la arena abandonaron  
y que apedrea a las olas con su amargo dolor<sup>15</sup>.  
Se descinó la flauta y empezó a tocar un aire rápido;  
soplaba exorcizando, creerías, como borroso fantasma,  
a la pálida patria que en la playa yace acariciada-por-el-sol.  
En silencio, maniobrando el gobernalle hacia fuera de tierra,  
/ lentamente  
ovillaba Odiseo la patria en su pensamiento;  
desarraigaba las casas y los montes, los árboles, el puerto;  
y todo resbalaba y con ímpetu caía hacia el abismo de la mente;  
la isla entera arrancó de raíz y bebió de golpe la memoria.  
Cuando el mar quedó vacío y en sus ojos desapareció la  
/ tierra patria,  
una intensa amargura lo embargó; flaquearon sus entrañas:  
“Nunca más la hemos de contemplar con nuestros ojos;  
era un pájaro pequeño y ya pasó; un juguete y se quebró;  
un ramito de albahaca y cayó de nuestra oreja”<sup>16</sup>.

La luz celeste o azulada caracterizará varias veces la visión de Itaca que tendrá Odiseo a través de su nuevo e interminable viaje.

---

<sup>15</sup> En la poesía popular, una forma de expresar dolor es apedrear al río o al mar a cuya orilla está el doliente.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, III, 39-54.



En un momento, ya en Esparta, a la hora de tenderse en el lecho para dormir, en el palacio de Menelao, Odiseo tiene uno de esos pocos, pero hondos, instantes de ternura y piedad por los hombres, que a veces afloran en el largo relato de sus acciones, en general emprendidas con dureza y hasta con crueldad. Recuerda entonces a su hogar, al hijo, a las apacibles plazas de su isla. También recuerda y siente compasión por los compañeros que lo siguen – y que ahora lo esperan en la costa – sin saber dónde van, adónde los lleva el navegante y por qué dejaron su isla patria.

Se tendió el varón-de-los-muchos-sufrimientos en los reales  
 / choapinos.  
 Un acerbo y hundo amor le oprimió el pecho inesperadamente.  
 Sintió piedad de los hombres; se reconciliaron dentro de él  
 / amigos y enemigos;  
 y recordó el hogar, el hijo, las apacibles plazas,  
 y suspiró, pues el alma, grave, ya no los acepta.  
 Vinieron a su mente los amigos que, fieles, lo esperaban en  
 / la costa  
 y que todos sabían que ya nadie los salva,  
 pero despreocupados siguen y no preocupa el retorno  
 / a sus espíritus.  
 ¿Adónde se dirigían? ¿Por qué dejar sus buenas vidas  
 en la playa y sus altos escaños entre los plátanos frescos?<sup>17</sup>.

Al participar en Egipto en la rebelión contra el injusto régimen monárquico y su casta de sacerdotes y nobles privilegiados, prisionero de los soldados del faraón, gravemente herido, Odiseo, pasa unos días entre la vida y la muerte, mientras los cuidan sus compañeros de prisión. Su cuerpo fuerte termina por recuperarse, pero todavía su mente divaga:

Toman sus carnes un nuevo aliento, se vigoriza su sangre  
 y las rudas entrañas retoman su quehacer;  
 sólo la mente ahora perezosa en el aire pendía.  
 Su isla celeste como nube pasaba sobre él:  
 estaba amaneciendo; el astro del alba se diluía al sol.  
 A lo lejos divisa a su hijo que va subiendo a cazar;  
 sus perros blancos husmearon una liebre y el joven se detuvo;  
 ¡ay, cómo perfuma la yerbabuena en las sierras,  
 / cómo susurra el helecho  
 y cómo despiertan las perdices-de-las-piedras y el mundo  
 / cómo trina!

<sup>17</sup> *Ibidem*, III, 1424-1433.

Y sobre un mirador una mujer tres-veces-noble  
no contempla el mar más allá, las colinas escudriña;  
y se acerca su vieja nodriza y están llenas de higos negros  
/ frescos

envueltos en hojas de parra sus dos manos;  
se vuelve la reina y gozosa elige el más hermoso:  
“Nodriza, bueno está este año, y se endulzarán  
mis labios con los higos y mi seno con un nieto”.  
Dijo, y gozó el albísimo cuello el fruto de miel.  
Ríe. Y se embruma la isla pequeña como un nimbo al viento,  
en hebras y hebras cae y se pierde en la mente del arquero<sup>18</sup>.

Mucho más tarde, en la marcha hacia las fuentes del Nilo, en pleno desierto, en un momento Odiseo, mientras piensa en las normas que debe poner a la multitud que lo sigue, nos traslada a Itaca.

Jugando abre pozos en el arenal,  
construye casas y torres elevadas y murallas de polvo.  
pone por deidad un escarabajo muerto, brota un hormiguero;  
llénanse de ir-y-venir las callejuelas y de movimiento.  
¡Ojú, se diría que niño otra vez me volví y juego con tierra!”,  
piensa el viejo-espíritu-de-alas-blancas, sonriendo furtivo,  
y extiende de improviso su planta y desparrama el castillo.  
Y a lo lejos, en las vastísima orilla pareja, al final de la ribera,  
camina un niño rollizo, tropezando...

Estamos en Itaca: Telémaco y Nausícaa gozan de su hijo pequeño. La madre expresa temor porque encuentra al niño parecido al abuelo. Y se pregunta: “Y ¿dónde, mi Dios, se encontrará en este instante sagrado?”

Y el abuelo-de-mil-viajes, allá lejos, a esa misma hora,  
levantaba sus pies ardientes y destruía el juego<sup>19</sup>.

Más tarde, en medio de la selva africana, los amigos reencuentran a Pétrakas, quien, separado del grupo, había llegado a ser rey de un pueblo negro. Es Centauro quien recuerda a Itaca al volver a ver al amigo al que creían perdido para siempre:

“¡Muchachos, creo que la vida enloqueció y se transformó en  
/ un cuento!  
En una balsa partimos cinco, seis o siete pillastres,

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, X, 328-347.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, XII. El pasaje completo va del verso 651 al 676 y lo citamos íntegro en el ensayo *La dulce y pura Nausícaa*.

y unos nos hemos quedado en el camino, otros han enloquecido,  
y uno en buena hora se apartó a lo lejos y ahora lo contemplamos  
en los confines del mundo ¡como un rey que gobierna negros!  
Miedo tengo que despertemos y nos encontremos todavía  
embriagados en la playa lejana, en el seno de Itaca,  
y miramos el piélago con los ojos embrumados  
¡y toda nuestra famosa travesía era un sueño de ebriedad!”<sup>20</sup>.

Invitan a Pétrakas a seguir camino con ellos, pero el joven ha asumido su nuevo destino y deben despedirse de él. La tristeza de la nueva separación hace recordar a Ulises su partida de Itaca. Esta vez vuelve a mencionar al hijo, pero también habla de “hijo, padre y hacienda”.

“Tomó la copa y la colmó, bebe por última vez:  
“En una isla, en las confines de la tierra, despedí una noche  
- no era un sueño, lo sé – por vez postrera a mi hijo;  
recuerdo que sufrí, pues muy difícil es en esta tierra,  
donde los cuerpos se abrazan y se quieren uno al otro,  
separarse para siempre de mujer, hijo, padre y hacienda;  
y ahora de nuevo partidas, otra vez nuevos dolores;  
hasta volver a vernos, gallardo mozo, en el seno de la tierra”<sup>21</sup>.

Cuando antes de la construcción de la ciudad ideal, Odiseo cumple en la soledad de una montaña todas las etapas de la “ascética”, preparándose para pasar a la gran acción, que se ha ido incubando en su mente, durante un sueño desciende, como en la *Odisea* antigua, al mundo de los muertos. Es un episodio extenso y complejo, que requiere de un ensayo o estudio especial. Aquí recordemos cómo con el clamor de los antepasados que necesitan de su sangre para revivir, viene también la patria lejana:

Claman los hambrientos antepasados, y el arquero los siente  
subir desde sus vísceras y coger su cerebro,  
extender sus tentáculos, como vino añejo en venas con sed.  
Toda su patria lejana, los viñedos, las praderas  
siente que lleva en su interior, y él va adelante, delantero.  
Un dulce dolor presiona su espíritu, se rompe su corazón,  
lleno de vivientes, de no nacidos y de miles de muertos”<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> *Ibidem*, XIII, 1117-1125.

<sup>21</sup> *Ibidem*, XIII, 1276-1283.

<sup>22</sup> *Ibidem*, XIV, 482-489.

Construida ya la ciudad, Odiseo debe presidir la sepultación de uno de los más ancianos de la comunidad. Habla a la gente de la aceptación de la muerte en la ancianidad; y del sentimiento de rebeldía que produce cuando una vida joven es segada. Y mientras trata de “poner el orden debido a la muerte”, viene el recuerdo a la isla natal y la tumba de su padre y una vez más aparece la visión del nieto:

Trataba del arquero de poner el orden debido a la muerte;  
como una espada, el mediodía estaba suspendido en la cabeza  
/ del mundo;  
y a lo lejos, en unas costas lejanas, en unas altas colinas,  
donde yacen entre los camomilos los ancestros esqueletizados,  
un dulce sol entibiaba la tierra y alumbraba a los gusanos.  
Y a la sombra de un joven olivo, en la tumba del abuelo,  
que el arquero bien hondo plantó para que absorba a su padre,  
un muchachito moreno y rollizo en el suelo dormía.  
Un húmedo viento otoñal soplabla sobre sus rizos...<sup>23</sup>.

Destruída la ciudad por un cataclismo, muerta la mayoría de su población, ya sin compañeros, Ulises se ha convertido en un asceta y sigue su viaje hacia el sur del continente negro. Instalado en un peñasco, llega a ser casi un personaje sagrado para pueblos cercanos. Allí en un instante en que el canto de un pajarillo desarma su corazón, surge la visión de su hijo, quien desde allá de la isla parece hablarle:

Como un ciprés arraiga el gran asceta, derecho sobre la tierra,  
sus raíces se extienden y devoran el monte, y asciende  
en medio de la luz vacía, sin ramas ni flor, y sin fruto y sin sombra.  
[...] Una oropéndola, errada, se posó sobre su cabeza  
y comenzó a trinar una noche, con el cuello en alto;  
y el varón inquebrantable no pudo soportar y empezó  
/ quedamente a llorar;  
¡ay, el canto de una avecilla desarma su corazón!  
Y mientras escuchaba en su interior trinar el pájaro al viento,  
por un segundo se olvidó su mente-centinela, dejó la  
/ puerta abierta,  
y su hijo surgió en luz, dulce, bien alimentado,  
y un infante en su pecho, y comienza a reñir con su padre:  
“¿Todavía, padre mío, no se apaciguó, no se sació tu corazón?  
Los pies del hombre se hicieron para pisar en la tierra,  
sus manos para lanzar el remo o sostener la pala;

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, XV. El pasaje completo en que vemos a Nausícaa y a Telémaco y sabemos de los temores de la madre de que el abuelo con que el niño ha soñado venga con su navío a raptar a su nieto, va del verso 1018 al 1041.



cantarino, con las velas rasgadas.

Miel destila la visión en las entrañas del-de-doble-nacimiento; como una brisa fresca sopló en su pensamiento la Hélade azulada y toda la noche pasaba sobre su mente y su cuerpo exhausto, llena de olor a yerbabuena y de humedad de pino.

Tal dicha nunca la sintió, tal dulzura de patria; y al levantarse en la mañana, sacude sus cabellos albos, creeríase que habían anidado sobre ellos mariposas celestes: “En el día la tierra patria se avergüenza de volver a la luz, y como una liebre cilla espera la noche furtiva para ponerse a danzar; bueno es también el sueño, una gran tentación:

/ ¡que sea bendecido!”<sup>25</sup>.

En la soledad de la selva, el asceta Odiseo rememora a veces su larga vida, “plena de aventuras, plena de conocimientos”, dicho con las palabras de Kavafis en su *Itaca*. Contemplando el panorama de las estrellas en un claro de la jungla, piensa en los aspectos variados que la noche presenta en las latitudes que ha recorrido. Y tiene una expresión hermosa, que denota ternura, para la noche allá en su lejana Itaca:

Y esta noche, a la escasa luz de las estrellas el refrescante mistral, siente el sabor sagrado que dejaron en su espíritu las noches infinitas

que gozó, de espaldas en la tierra, contemplando los astros, y cada una su dulzura poseía y su amarga fragancia.

Allá en su isla patria, lejos, en el extremo del mundo, como un almendro nuevo florecido la noche perfumaba; y por Creta, como una señora noble recargada de perlas, pasaba exhalando fragancia con la luna por talismán, y un negrito desnudo llevaba su cola llameante, recamada-de-oro y con lentejuelas de luciérnagas.

En África la noche gemía como un bosque impenetrado, las estrellas mudas como ojos terribles brillaban en la oscuridad, tigres y leones y leopardos diríase que acechaban por doquier, y se enroscaba el Escorpión, goteando al mundo su veneno.

Y era la noche una rosa negrísima...<sup>26</sup>.

Llegado ya al extremo sur de África y mientras se acerca el momento de

<sup>25</sup> *Ibíd.*, XVIII, 270-290.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, XVIII, 371-386.

partir en el viaje final, Odiseo merodea por las caletas de pescadores, donde se encontrará con el Jesús negro. En un momento recuerda brevemente su época de rey, su convivencia con la diosa Calipso y la partida desde su isla:

Tiene hambre y vuelve la cabeza hacia una rústica caleta  
y a buscar pan hacia allá se encaminó, para golpear las puertas;  
acordóse de cuando era rey y tendía la mano  
y los más firmes fuertes vacilaban y los muros se rompían;  
se acordó de cuando en blancas costas y en grutas esmeráldicas  
si extendía los brazos a la diosa cogía, sin hablar,  
de sus rubios cabellos, y abajo la dominaba;  
y aun se le vino a la memoria una mañana cuando alargó la mano  
y empujó el veloz velero para dejar la patria,  
y desprenderse ya de tumbas y abalanzarse al océano<sup>27</sup>.

En otro de los pasajes más hermosos y emocionantes del poema, aparece por única vez la figura de la madre de Odiseo, de Anticlea, la mujer que murió de dolor durante la larga ausencia de su hijo. Aquí, en un sueño, Ulises es trasladado al palacio paterno, a Itaca, y vive la hora – que no vivió ni en la *Odisea* homérica ni en la nueva – de la muerte de su madre.

Ya en los hielos antárticos, Odiseo vive unos días con el último grupo humano que encuentra, pequeño pueblo que depende de la caza de focas para vivir. Esa gran isla de hielo que dentro de poco se quebrará y desde su barca helada, el peregrino verá desaparecer en minutos a todos esos hombres que hacía poco rogaban a los espíritus les dieran abundante caza para seguir viviendo. Allí en desolación, la casi oscuridad y el frío trasminante, el recuerdo de las tierras griegas, de las “islas felices”, entre las que está Itaca, viene a la mente del asceta ya casi moribundo, con intensa fuerza, como para deseñarlas:

Y por allá en las islas de la felicidad, reía la mar de espaldas  
con el señor sol, y reían los prados;  
reseca el ardor la campiña, pero se levantó una brisa fresca;  
los segadores se tendieron a la sombra, sus brazos huelen  
a mosto picante y humean en el fresco sus axilas-y-pechos.  
Terminó la cosecha, y esta tarde comenzarán las fiestas,  
el patrón abrirá los patios para que entre la peonada,  
que coman y que beban y que venga el buen dios con sus  
/ frescos racimos.  
Todo el esfuerzo del trabajo es humo y sube al cielo  
y juega pálido y se trueca en anillos en el traslumbamiento del licor

<sup>27</sup> *Ibidem*, XXI, 568-576.

en las lejanas islas de la felicidad, entretejidas de parras.  
Albahacas y mejoranas, y mistral de vasto ponto,  
coqueta nevatilla de la mar, islas que en el éter flotáis,  
y nubecillas mías primaverales con pechos espumosos;  
¡mi Dios, de tanto desearlas, se va a romper la mente del arquero!<sup>28</sup>.

Itaca, la patria, es recordada, según hemos podido verlo, como “celesté”, “azulada”, “dulce”, “feliz”; como de noches “cual almendro florecido”; llena de perfume de pino, yerbabuena; entibiada por un sol benigno, bañada por un mar amigo. Ahora, al comenzar el hermoso pasaje en que el perro Argos, desde su tumba, escucha el llamado de su amo moribundo, se recuerda a la isla como “fresca”. Van llegando a la última costa, desde donde zarpó la barca de la muerte, todos aquellos, vivos y muertos, que oyeron el llamado de Odiseo:

Llegaban a la orilla, refrescábanse los-lejanos-invitados,  
se unían con la espuma y navegaban, volaban con los petreles,  
y cuando la gran ribera se quedó vacía, un pobre perro-en-los-  
/huesos  
se estremeció con ansia, husmeando el aire:  
De muy lejos partió, desde las costas de la fresca patria...<sup>29</sup>.

En todas las apariciones de la cada vez más lejana Itaca, en los sueños, en la duermevela o en la meditación de Odiseo, parece percibirse la nostalgia por la isla amada. El abandono definitivo de la tierra natal, decidido voluntariamente, no significó dejar de amarla. La isla amada es, pues, elemento fundamental para poner de relieve la identidad de Odiseo: en el amor a la tierra de su nacimiento y del nacimiento de sus ancestros, el héroe antiguo es uno con el peregrino moderno.

---

<sup>28</sup> *Ibíd.*, XXII, 1025-2038.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, XXIV, 738-742. El pasaje completo va del verso 738 al 771 de la última rapsodia.



## Bibliografía

- ADRADOS, R. (1983). *Introducción a Homero*. L. Gil Editor. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- BERNARDES, C. D. (2010). *A Oddisséia de Nikos Kazantzakis Epopéia modernado heroísmo trágico*. Tesis de Doctorado. Universidad Estatal Paulista. San José de Rio Preto: inédita.
- BERMEJO, J. C. y otros (2000). *Los orígenes de la mitología griega*. Madrid: Editorial AKAL.
- BORGES, J. (2002). *Los senderos de Itaca Grecia en la poesía de Borges*. Traducción y selección N. Anghelidis. Prólogo M. Kodama. Atenas: Instituto Cervantes Sede Atenas.
- CASTILLO DIDIER, M. (2007). *La Odisea en la Odisea Ensayos y estudios sobre la Odisea de Kazantzakis*. Santiago: Centro de Estudios Griegos Universidad de Chile.
- CASTILLO DIDIER, M. (1996). *La Odisea y el exilio: itinerarios del saber y del dolor*. Apartado de *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, Nº 71. Santiago: Academia Chilena de la Lengua.
- CHOZA, J. Y P. (1996). *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*. Barcelona: Editorial Ariel.
- DECAUX, A. (1969). “Préface à l’ Odyssée », en N. Kazantzakis : *Odyssée*. Traduction J. Moatti. París : Éditions Richelieu-Plon.
- FINSLER, G. (1947). *La poesía homérica*. Traducción C. Ribas. 3ª ed. Barcelona: Editorial Labor.
- GARCÍA GUAL, C. (2000). “Introducción” a Homero: *Odisea*. Traducción J. M Pabón. Madrid: Editorial Gredos.
- GÓMEZ, J. (2000). *El descubrimiento del mundo Geografía y viajeros en la Antigua Grecia*. Madrid: Editorial AKAL.
- HARTOG, F. (1999). *Memoria de Ulises Relatos sobre la frontera en la Antigua Grecia*. Traducción H. Poras. Buenos Aires: Editorial F. C. E.
- HOMERO. (2000). *Odisea*. Traducción J. M. Pabón. Madrid: Editorial Gredos.
- HOMERO. (1954). *Obras Completas*. Traducción L. Segalá Estalella. Prólogo A. Marasso. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- KAZANTZAKIS, N. (2010). *Odisea*. Introducción, traducción, resumen en prosa, glosario, bibliografía, Post Scriptum, M. Castillo Didier. 3ª. ed. Santiago: Tajamar Editores.
- LISSO DE LA VEGA, J. (1983). “*Ulises y su mundo de ideales éticos*”, en R. Adrados y otros L. Gil Editor: *Introducción a Homero*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

- MARASSO, A. (1954). “*Homero*”, en *Homero: Obras Completas*. Traducción L. Segalá Estalella. Prólogo A. Marasso. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- OMATOS, O. (1993). “*Odiseo en la poesía neohelénica*”. En *Veleia* N° 10 Vitoria: **Universidad del País Vasco**.
- PABÓN, J. M. (1947). *Homero*. Barcelona: Editorial Labor.
- QUIROZ, R. (2004). *Nikos Kazantzakis Dimensiones de un poeta-pensador*. Santiago: Centro de Estudios Griegos Universidad de Chile.
- RAMOS, O. G. (1970). *La Odisea: un itinerario humano*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- REBORDA, S. (1996). en C. C. Bermejo y S. Reborada: *Los orígenes de la mitología griega*. Madrid: AKAL.
- ROMILLY, J. DE. (1997). “¿Por qué Ulises?”, en J. de Romilly: *Sinandisis me tin Arjea Helada* Encuentros con la Grecia Antigua. Traducción al griego K. Miliaresi y B. Athanasíu. Atenas: Editorial To Asti.
- STANDFORD, W. S. (1954). *The Ulysses Theme*. Oxford: Basil Blackwell.